

de los trabajos de Ricardo de Orueta, en el primer cuarto de este siglo, no se realizaron entre nosotros más que estudios parciales. Los estimulantes libros de Henriette s'Jacob y Panofsky sirvieron de acicate a la autora para plantearse un estudio nuevo y completo del tema en España por lo que al Renacimiento se refiere. El trabajo supera lo que es normal en este tipo de tesis doctorales; no en vano fue galardonada con el Premio Extraordinario, y esos trabajos abarcan áreas geográficas muy determinadas, como una provincia o una comarca. Grande ha sido el esfuerzo tanto para la consulta de las fuentes más diversas como para la catalogación; bien es verdad que el lote más rico corresponde a Castilla. Ahora, en este volumen de más de cuatrocientas páginas tenemos todo; desde la ubicación del sepulcro, su realización, los materiales, los artistas que lo realizaron, la tipología, la iconografía, las inscripciones, la heráldica, la cronología y la interpretación, y el correspondiente índice onomástico.

Como indica en la presentación el Dr. Martín González —director de la tesis y mentor del trabajo— los objetivos de mayor alcance han sido la tipología y la iconografía, aspectos que en los estudios anteriores solían pasar casi inadvertidos, ya que lo primordial era el estudio de las fuentes históricas, la descripción y la estilística. Este ha sido un trabajo muy laborioso por cuanto era preciso ver de nuevo las obras para conocer los materiales, dibujar en algunos casos, hacer fotografías, etc., todo ello a escala nacional.

Una de las aportaciones más sustanciales del libro la constituye la tipología, tarea nada fácil por la conjunción de la arquitectura y de la escultura y porque los tipos se mezclan hasta presentar ese panorama funerario tan complejo, según vemos en las catedrales de Castilla: tenemos los modelos en vertical, de tradición gótica, y los horizontales, de abolengo renacentista, como el esquema del arco triunfal.

Gustos personales aparte, la mayor aportación de este libro lo constituye la iconografía. Es trabajo de primera mano y de una notable extensión, al punto que no existe libro sobre el siglo xvi español en que el tema se haya abordado con la minuciosidad que aquí ha sido tratado. Aparte de los temas de Dios, Cristo, la Virgen y los ángeles, está todo el repertorio del Antiguo y Nuevo Testamento, las Sibilas, los Santos, los temas históricos; el rico temario mitológico, las alegorías, el bestiario, los seres fantásticos y hasta el inevitable lenguaje emblemático, tan propio de la época. Y cómo no, los atributos de la Muerte, para terminar con el estudio de los programas iconográficos.

Gracias a María José Redondo se ha enriquecido nuestra visión del siglo xvi, esa época que tantos aportes historiográficos está recibiendo de los estudiosos de la más joven generación de historiadores del arte. A veces hemos pasado como ciegos y sordos ante tanta belleza como encierran las capillas sepulcrales. Ahora, gracias a este concienzudo estudio, vamos a mirar los sepulcros con más atención, tanto para leer su mensaje —siempre actual— como para descubrir en cada sepulcro un auténtico microcosmos.—SANTIAGO SEBASTIÁN LÓPEZ.

VALDIVIESO, E., *Historia de la pintura sevillana*. Ediciones Guadalquivir, Sevilla, 1986, 510 p., 438 fotograbados en color.

Se trata, efectivamente, de una historia de la pintura de Sevilla, desde el siglo xiii a la actualidad. Estudio diacrónico, de esos que son necesarios para valorar en el tiempo lo que representa la aportación de un núcleo humano, en este caso, la ciudad de Sevilla.

Con razón ha de tomarse como punto de partida la primera historia de la pintura, aquella que diera a la estampa el alemán Mayer (1911). No para restar méritos a lo que el ilustre hispanista germano aportara en tan lejana fecha; muy al contrario, para poner al día en el momento que corre lo que verdaderamente significa el foco pictórico de Sevilla. Ya en aquella época el libro venía a indicar el alto protagonismo sevillano. Pero gracias a este libro la verdad entra

por los ojos. Pues dos méritos se conjugan: la aportación científica del autor del texto —un gran especialista español en materia de pinturas— y el alarde editorial. Tenemos, en efecto, un museo ante los ojos. Es tal la abundancia de artistas recogidos en el texto, y es de tal naturaleza la calidad, que nadie podrá discutir que es Sevilla, después de Madrid, el gran núcleo hispano de la pintura.

Historia al día y en gran parte debido al esfuerzo de los historiadores locales: búsquedas en archivos, indagaciones en colecciones privadas, gran filón para el estudio de plumas avezadas de todas procedencias. Con este nivel de apertura, Sevilla se está pregonando con una preeminencia que en justicia ha de ponerse de relieve.

Fue feliz aurora ese grupo de imágenes de la Virgen del período “trecentesco”. Sigue el gótico “internacional”, en que lucen pinturas murales y miniaturas de libros corales. Fértil el momento hispano-flamenco, en que ya se precisan nombres de maestros. El Renacimiento constituye una época bien definida en cuanto a su evolución y protagonismo de maestros, con figuras de resonancia cuales Alejo Fernández, Pedro de Campaña, Luis de Vargas y Hernando de Esturmio. Sevilla se configura como centro atractivo para extranjeros. Se percibe el carácter cosmopolita, que determina que haya clientes ambiciosos y artistas dispuestos a satisfacer. Las flotas hacen de Sevilla su emplazamiento ideal para el comercio, y éste sabe de productos artísticos y de maestros ansiosos de establecerse.

El siglo xvii es, con todo, el período dorado del foco sevillano. Hay primeras figuras: Velázquez y Alonso Cano en determinados momentos de su vida; arraigo sevillano en Zurbarán, Murillo y Valdés Leal. En segunda posición, otras ilustres figuras, como Francisco Pacheco, Juan de las Roelas, Herrera el Viejo, Herrera el Joven, Juan del Castillo. Con otros nombres se completa el cielo estrellado de esta gran escuela, que ofrece pintura religiosa, de género, bodegones, paisaje, retrato, “trampantojo”, pintura de arquitecturas, todo cuanto puede exigirse para dar identidad a una verdadera escuela.

Aunque con pintores de brillo inferior, también fue destacado el siglo xviii sevillano. Lucas Valdés continúa el taller de su padre. Florece el fresco ilusionista barroco, de perspectivas de abajo hacia arriba. Y es espléndido lo que ofrece el trampantojo, con Pedro de Acosta y Bernardo Lorente Germán. No faltan las “fiestas”, como esos cuadros que nos dejó Domingo Martínez.

El siglo xix ha sido reivindicado. Sevilla pregona que también esta centuria le fue propicia. Conoce un desarrollismo que favorece el esplendor de la pintura. La aristocracia y la burguesía tienen pasión por la pintura. Por eso quien hoy desee conocer a fondo la pintura hispana debe acceder al dominio privado. Pero es uno de los resortes del autor de este libro, que a su calidad de experto consumado, une sus dotes humanas que le granjean la confianza de los coleccionistas. Y para no cortar el relato, Valdivieso nos introduce en la difícilmente exploable selva del siglo xx, y lo hace con pleno acierto.

El libro es ameno, científico y convincente en cuanto a lo que en el largo tiempo ha hecho Sevilla por la pintura. De nada hubiera servido la generosidad editorial de Ediciones Guadalquivir de no reunirse tan espléndido material. Pero a la vez hay que decir que sólo con libros editados con tal primor se puede acreditar un movimiento artístico. Porque quien, desde ahora, desee saber lo que Sevilla pesa en el campo de la pintura, tendrá que pasearse por estas páginas, donde a la información tan seleccionada, se añaden fotografiados en color de extraordinaria calidad técnica.

Hasta el investigador tiene mucho que agradecer, pues se le pone en la pista gracias al bagaje literario, y tiene en ese elenco de fotografías el material insustituible para hacer análisis. El libro es una joya por todos los conceptos.—JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ.